

El perfume de la Dama de Negro

Gaston Leroux



TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Título original:
Le parfum de la Dame en Noir

© De la ilustración: Enrique Flores, 2018
© De la presentación y apéndice: Ana Isabel Conejo, 2018

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez
Retrato de autor: Enrique Flores

Primera edición, mayo 2018

ISBN: 978-84-698-3589-0
Depósito legal: M.8573/2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

El perfume de la Dama de Negro



Gaston Leroux

Traducción:
Joëlle Eyheramnonno

Presentación y apéndice:
Ana Isabel Conejo

Ilustración:
Enrique Flores

ANAYA

PRESENTACIÓN

GASTON LEROUX

Gaston Leroux nació en París el 6 de mayo de 1868, pero pasó casi toda su infancia en Normandía. Estudió en el colegio de Eu y posteriormente en el liceo de Caen. Tras cursar el bachillerato de letras, se instaló en París para continuar sus estudios en la facultad de Derecho. Se graduó como abogado en 1890, y ejerció esa profesión durante tres años. Fue en esa misma época cuando comenzó a colaborar con la prensa para aumentar sus ingresos.

Sus conocimientos de derecho le permitieron escribir una crónica excepcionalmente bien documentada del juicio de Auguste Vaillant, acusado de atentar contra la cámara de los diputados. Esta crónica atrajo la atención del director del periódico Le Matin, quien le propuso que se convirtiera en cronista judicial para su publicación.

A partir de 1901 trabajó como reportero y realizó numerosos viajes por Francia, España y Marruecos. Fue su periódico, Le Matin, el que publicó también su primera novela, aparecida por entregas en 1903 bajo el título de El buscador de tesoros. Posteriormente, entre 1904 y 1906, fue corresponsal en Rusia, donde vivió en directo la primera revolución contra el poder de los zares.

En 1908 publicó su novela El misterio del cuarto amarillo, que fue un éxito por el ingenio de la trama. En la misma línea, publicó otras novelas, como El fantasma de la ópera en 1910, La muñeca sangrienta en 1923, la serie Chéri-Bibi a partir de 1913, o Mister Flow en 1927. Ese mismo año falleció en Niza.

El perfume de la Dama de Negro es la segunda novela de Leroux protagonizada por el personaje de Rouletabille, el periodista detective, al que posteriormente dedicaría numerosas obras. Se trata de un libro concebido como una continuación de El misterio del cuarto



amarillo, pero que tiene entidad propia y se puede leer independientemente de esta primera novela. La complejidad de la trama, el dramatismo de los momentos álgidos de la historia y los recursos para generar suspense logran tejer un relato intenso y lleno de misterio que culmina con un desenlace totalmente inesperado. Leroux combina la enigmática historia de Larsan con episodios melodramáticos relacionados con la infancia de Rouletabille en los que, curiosamente, él mismo figura como un personaje más. El humor y la ironía también tienen su lugar en esta sorprendente novela, que, al igual que su predecesora, El misterio del cuarto amarillo, sigue gozando hoy en día de una gran popularidad.

Ana Isabel CONEJO

A PIERRE WOLFF

En recuerdo afectuoso de nuestra ferviente
colaboración en aquel año que vio florecer *Le Lys*.

GASTON LEROUX

I

*Que empieza donde las novelas acaban*¹

La boda de Robert Darzac y Mathilde Stangerson tuvo lugar en París, en Saint-Nicolas-du-Chardonnet, el 6 de abril de 1895, en medio de la más estricta intimidad. Habían transcurrido, pues, algo más de dos años desde los acontecimientos que relaté en una obra anterior, acontecimientos tan sensacionales que no es aventurado afirmar que tan breve lapso de tiempo no había podido borrar de la memoria el famoso *misterio del cuarto amarillo*²... Seguía este tan presente en todos los ánimos, que, de no haber sido porque la ceremonia nupcial se mantuvo en el mayor secreto —cosa por lo demás bastante fácil en aquella parroquia alejada del barrio de las escuelas—, la pequeña iglesia se habría visto invadida con toda seguridad por una muchedumbre ávida de contemplar a los héroes de un drama que había apasionado al mundo. Solo fueron invitados algunos amigos del señor Darzac y del profesor Stangerson, con cuya discreción se podía contar. Yo era uno de ellos. Llegué temprano a la iglesia, y naturalmente lo primero que hice fue buscar a Joseph Rouletabille. Me sentí un poco decepcionado al no verlo, pero no me cabía la menor duda de que vendría, y, mientras hacía tiem-

¹ Es decir, en boda.

² Con *El misterio del cuarto amarillo* (publicado en el n.º 10 de esta misma colección), Leroux hace su primera incursión literaria y crea el personaje de Joseph Rouletabille, el periodista detective.



po, me junté con los letrados Henri-Robert y André Hesse, que, en medio de la paz y el recogimiento de la capillita de Saint-Charles, rememoraban en voz baja los más curiosos incidentes del proceso de Versalles, que la inminencia de la ceremonia les traía a la memoria. Yo los escuchaba distraídamente, mientras examinaba las cosas a mi alrededor.

¡Qué triste es la iglesia de Saint-Nicolas-du-Chardonnet, Dios mío! Vieja, quebrajosa, agrietada, sucia, no con esa suciedad augusta del tiempo, que es el más bello adorno de la piedra, sino con esa inmundicia cochambrosa y polvorienta que parece peculiar de los barrios de Saint-Victor y de los Bernardinos, en cuyo cruce se halla tan singularmente enclavada; dicha iglesia, tan sombría por fuera, es lúgubre por dentro. El cielo, que parece más alejado de este santo lugar que de cualquier otro, derrama aquí una luz avara que se las ve y se las desea para llegar hasta los fieles a través de la mugre secular de las vidrieras. ¿Han leído los *Recuerdos de infancia y juventud*, de Renan³? Empujen la puerta de Saint-Nicolas-du-Chardonnet y comprenderán por qué el autor de la *Vida de Jesús*, que estaba encerrado en el pequeño seminario del padre Dupanloup⁴ y que no salía más que para ir a rezar allí, llegó a desear la muerte. ¡Y precisamente en aquella fúnebre oscuridad, en un marco que parecía haber sido inventado solo para el duelo y para todos los ritos dedicados a los difuntos, iba a celebrarse la boda de Robert

³ Ernest Renan (1823-1892), escritor francés, recibió las órdenes menores, aunque no llegó a ordenarse sacerdote. Fue catedrático de hebreo en el Colegio de Francia, pero al referirse a Cristo como a un «hombre incomparable», levantó tal revuelo que el curso fue suspendido. La *Vida de Jesús* es el primero de los siete volúmenes de que consta la *Historia de los orígenes del cristianismo* (1863-1881). Los *Recuerdos de infancia y juventud* son de 1883: se trata de una especie de autobiografía poética de sus primeros años.

⁴ Felix Dupanloup (1802-1878), obispo de Orleans desde 1849, dirigía el seminario parisino de Issy cuando estudió Renan. Brillante polemista, fue el líder de los católicos liberales durante el Imperio de Napoleón III, y uno de los que se opuso a la definición de la infalibilidad pontificia en el Concilio Vaticano I (1869-1870).



Darzac y Mathilde Stangerson! Experimenté un gran pesar y, tristemente impresionado, vi en ello un mal presagio.

Los letrados Henri-Robert y André Hesse seguían charlando a mi lado, y el primero le confesaba al segundo que, aun después del feliz desenlace del proceso de Versalles, no se había sentido definitivamente tranquilo respecto a la suerte de Robert Darzac y Mathilde Stangerson hasta que no se enteró de la muerte, oficialmente comprobada, de su despiadado enemigo: Frédéric Larsan. Quizá recuerden que unos meses después de la absolución del profesor de la Sorbona se produjo la terrible catástrofe de *La Dordogne*, el paquebote transatlántico que cubría el trayecto de El Havre a Nueva York. Una noche de niebla, *La Dordogne* fue embestida en los bancos de Terranova por un tres palos⁵, cuya proa le entró por la sala de máquinas. Y, mientras el barco asaltante se iba a la deriva, el paquebote se fue a pique en diez minutos. Apenas si tuvieron tiempo de saltar a las chalupas unos treinta pasajeros, cuyos camarotes se hallaban en el puente. Fueron recogidos al día siguiente por un barco pesquero, que regresó enseguida a San Juan⁶. En días sucesivos, el océano estuvo vomitando centenares de muertos, y entre ellos se encontró a Larsan. ¡Los documentos que se descubrieron, cuidadosamente cosidos y disimulados entre las ropas de un cadáver, atestiguaban aquella vez que Larsan había dejado de vivir! Mathilde Stangerson se veía al fin libre de ese esposo fantástico que, gracias a las facilidades de las leyes americanas,

Chalupa:
Embarcación que lleva a bordo un buque o navío para servicios auxiliares.

⁵ Situados frente a la isla homónima que hay al este de Canadá, los bancos de Terranova constituyen una especie de archipiélago submarino entre los 20 y los 100 metros de profundidad. La formación de estas mesetas sumergidas se debe al lodo que depositan al fundirse los icebergs procedentes de las regiones árticas. Por otro lado, con el *tres palos* se refiere a un barco de vela con tres mástiles.

⁶ San Juan, capital de Terranova, importante puerto pesquero, sobre todo de especies como la foca y el bacalao.



tomó en secreto en las horas imprudentes de su harto confiada juventud. Aquel horroroso bandido, cuyo verdadero nombre, ilustre en los anales judiciales, era Ballmeyer, y que se había casado con ella bajo el nombre de Jean Roussel, ya no volvería a interponerse criminalmente entre ella y el que llevaba tantos años queriéndola silenciosa y heroicamente. En *El misterio del cuarto amarillo* he referido ya todos los detalles de aquel formidable asunto, uno de los más curiosos de los que se pueda tener memoria en los anales de la Audiencia, y que habría tenido el más trágico desenlace de no ser por la intervención, casi genial, del joven reportero de dieciocho años Joseph Rouletabille, el único que fue capaz de descubrir, bajo los rasgos del célebre agente de la Seguridad Frédéric Larsan, ¡al mismísimo Ballmeyer...! La muerte casual y —bien podemos decirlo— providencial del miserable parecía que pondría punto final a tantos acontecimientos dramáticos, y no fue —confesémoslo— una de las menores causas de la rápida curación de Mathilde Stangerson, cuya razón se vio fuertemente trastornada por los misteriosos horrores del Glandier.

—Ya ve usted —decía Henri-Robert a André Hesse, echando una ojeada inquieta a la iglesia—, decididamente, en la vida hay que ser optimista. ¡Todo acaba por arreglarse! Hasta las desgracias de la señorita Stangerson... Pero ¿qué hace usted mirando atrás a cada momento? ¿A quién busca...? ¿Está esperando a alguien?

—Sí... —respondió André Hesse—. ¡Estoy esperando a Frédéric Larsan!

Henri-Robert se echó a reír dentro de lo que le permitía la santidad del lugar; pero yo no me reí, pues me faltaba poco para pensar como el letrado Hesse. ¡Y eso que estaba a cien leguas de prever la espantosa aventura que nos amenazaba! Pero, cuando recuerdo aquella época y hago abstracción de



todo lo que he sabido desde entonces —a lo que por lo demás me entregaré honestamente a lo largo de este relato, dejando aparecer la verdad tal como se nos fue revelando a nosotros—, recuerdo muy bien la curiosa emoción que me agitaba entonces al pensar en Larsan.

—¡Vamos, Sainclair! —dijo Henri-Robert al darse cuenta de mi singular actitud—. ¿No ve que Hesse está bromeando?

—No sé, no sé... —respondí.

Y otra vez me sorprendí mirando atentamente a mi alrededor, como lo había hecho el letrado André Hesse. A decir verdad, Larsan había sido dado por muerto tantas veces cuando se llamaba Ballmeyer, que bien podía resucitar una vez más en el estado de Larsan.

—¡Mire! Ahí viene Rouletabille —dijo Henri-Robert—. Apuesto que está más tranquilo que ustedes.

—¡Oh, qué pálido está! —observó André Hesse.

El joven reportero se acercaba a nosotros. Nos dio la mano algo distraído.

—Hola, Sainclair. Hola, señores... ¿Llego tarde?

Me pareció que su voz temblaba... Se alejó enseñuida, se aisló en un rincón, y lo vi arrodillarse en un reclinatorio como un niño. Escondió entre las manos el rostro, que tenía, en efecto, muy pálido, y rezó.

Yo no sabía que Rouletabille fuera tan piadoso, y su ardiente plegaria me extrañó. Cuando volvió a levantar la cabeza, sus ojos estaban llenos de lágrimas. No las disimulaba; no se preocupaba en absoluto de lo que sucedía a su alrededor. Estaba entregado por completo a su oración y quizá a su pena. ¿Qué pena? ¿No debería sentirse feliz de asistir a una unión deseada por todos...? ¿No era obra suya la felicidad de Robert Darzac y Mathilde Stanger-son...? Quién sabe, igual nuestro joven lloraba de felicidad. Se levantó y fue a perderse tras la noche de un pilar. Me guardé de seguirlo hasta allí, pues bien veía que deseaba estar solo.



Además, en aquel momento Mathilde Stangerson entraba en la iglesia cogida del brazo de su padre. Robert Darzac iba detrás de ellos. ¡Cuán cambiados estaban los tres! ¡Ah, el drama del Glandier había marcado dolorosamente a aquellos tres seres! Pero, ¡cosa extraordinaria!, Mathilde Stangerson parecía más hermosa aún. Desde luego ya no era aquella magnífica persona, aquel mármol vivo, aquella antigua divinidad, aquella fría belleza pagana que en las fiestas oficiales de la Tercera República⁷, a las que la obligaba a asistir la situación relevante de su padre, suscitaba a su paso un discreto murmullo de admiración extasiada; por el contrario, parecía como si la fatalidad, al hacerle expiar tan tarde una imprudencia cometida tan joven, la hubiera arrojado a una crisis momentánea de desesperación y de locura tan solo para que abandonara aquella máscara de piedra, tras la que se ocultaba el alma más tierna y delicada. Y esa alma, aún desconocida, me pareció que resplandecía aquel día, con el brillo más suave y encantador, en el óvalo puro de su rostro, en sus ojos llenos de una tristeza feliz, en su frente lisa como el marfil, donde se leía el amor de todo lo bello y de todo lo bueno.

Por lo que respecta a su traje, les confieso estúpidamente que ya no lo recuerdo y que me resultaría imposible hasta decirles el color de su vestido. Pero lo que recuerdo, por ejemplo, es la extraña expresión que tomó de repente su mirada al no descubrir entre nosotros a la persona que buscaba. Solo cuando divisó a Rouletabile detrás del pilar pareció tranquilizarse del todo y volver a ser dueña de sí misma. Le sonrió y nos sonrió también a nosotros.

—¡Sigue teniendo los mismos ojos de loca!

Me volví rápidamente para ver quién había pronunciado aquella frase abominable. Era un pobre individuo al que Robert Darzac, en su bondad, había

⁷ Régimen republicano vigente en Francia de 1870 a 1940.



nombrado ayudante de laboratorio para su departamento de la Sorbona. Se llamaba Brignolles y era primo lejano del novio. No conocíamos más parientes del señor Darzac. Su familia era oriunda del Mediodía, y hacía mucho tiempo que el señor Darzac había perdido a sus padres. No tenía hermanos, y parecía haber roto toda relación con esta región, de la que solo había traído un ardiente deseo de triunfar, una capacidad de trabajo excepcional, una inteligencia sólida y una necesidad natural de afecto y de entrega, que encontró ávidamente la oportunidad de satisfacer al lado del profesor Stangerson y de su hija. También había traído de Provenza, su tierra natal, un suave acento, que al principio hizo sonreír a sus alumnos de la Sorbona, pero que pronto apreciaron como una música agradable y discreta que atenuaba un poco la necesaria aridez de las clases de su joven y ya célebre profesor.

Un buen día de la primavera anterior —por consiguiente, hacía de esto un año más o menos—, Robert Darzac les presentó a Brignolles. Venía directamente de Aix, donde había sido ayudante de física; debía de haber cometido alguna falta de disciplina, porque lo pusieron de pronto de patitas en la calle; pero muy oportunamente se acordó de que era pariente del señor Darzac, tomó el tren de París y supo ingeniárselas tan bien para ablandar al novio de Mathilde Stangerson, que este se compadeció de él y encontró un medio de asociarlo a su trabajo. Precisamente, en aquella época la salud de Robert Darzac estaba lejos de ser muy boyante. Estaba sufriendo la repercusión de las tremendas emociones que había padecido en el Glandier y en la Audiencia. Se diría que la curación, ya segura, de Mathilde y la perspectiva de su próximo himeneo tendrían una influencia beneficiosa en el estado moral y, de rebote, en el estado físico del profesor. Pues bien, todos notamos, por el contrario, que desde el día en que se le unió aquel Brignolles —cuya ayuda, según decía él, iba a proporcionarle un precioso alivio— la debili-



dad del señor Darzac no hizo más que acrecentarse. Y, en fin, también pudimos comprobar que Brignolles no traía suerte: en efecto, durante unos experimentos que no parecían ofrecer ningún peligro, se produjeron dos inoportunos accidentes, uno tras otro: el primero resultó del estallido inopinado de un tubo de Geissler⁸, cuyos trozos habrían podido herir peligrosamente al señor Darzac, pero que solo hirió a Brignolles, quien conservaba aún algunas cicatrices en las manos. El segundo, que pudo haber sido sumamente grave, ocurrió a consecuencia de la estúpida explosión de una lamparita de gasolina, justamente cuando el señor Darzac estaba inclinado sobre ella. La llamarada estuvo a punto de quemarle la cara; por suerte no fue así, pero le chamuscó las cejas y durante algún tiempo le ocasionó perturbaciones de la vista, hasta el punto de que solo con gran dificultad soportaba la plena luz del sol.

Desde que ocurrieron los misterios del Glandier me encontraba en un estado de ánimo tal, que me sentía dispuesto a considerar como poco naturales los acontecimientos más sencillos. Cuando sucedió este último accidente estaba yo presente, pues había ido a buscar al señor Darzac a la Sorbona. Yo mismo llevé a nuestro amigo a una farmacia y desde allí a un médico, y con bastante sequedad rogué a Brignolles que se quedara en su puesto cuando manifestó su deseo de acompañarnos. Por el camino, el señor Darzac me preguntó por qué había tratado así al pobre Brignolles; le respondí que había cogido manía a ese muchacho de un modo general, porque no me gustaban sus modales, y particularmente aquel día, porque estimaba que él era el responsable del accidente. El señor Darzac quiso saber la razón, pero no supe qué respon-

⁸ Tubo en el que se ha enrarecido el gas, de forma que, al pasar por él, la electricidad produce fulgores diversos según la naturaleza del gas. Su nombre procede del inventor, mecánico y vidriero alemán Heinrich Geissler (1814-1879), autor asimismo de otros inventos.



der, y se echó a reír. Sin embargo, ya no se rio cuando el médico le dijo que podía haber perdido la vista y que era un milagro que hubiera salido tan bien parado.

La inquietud que me causaba Brignolles era, sin duda, ridícula, y los accidentes no volvieron a repetirse. A pesar de todo, tenía tanta prevención contra él, que en el fondo de mi alma no le perdonaba que la salud del señor Darzac no mejorase. A principios del invierno empezó a toser, hasta tal punto que le supliqué, y todos le suplicamos, que pidiera un permiso y fuera a descansar al Mediodía. Los médicos le aconsejaron San Remo. Fue allí, y ocho días después nos escribía diciendo que se sentía mucho mejor; desde que llegó a aquellas tierras le parecía que le habían quitado *¡un peso de encima del pecho...!* «¡Respiro...! ¡Respiro...! —nos decía—. ¡Cuando salí de París, me ahogaba!». Aquella carta del señor Darzac me dio mucho que pensar y no dudé en hacer partícipe de mis reflexiones a Rouletabille. También él se extrañó conmigo de que el señor Darzac se encontrara tan mal cuando estaba al lado de Brignolles y tan bien cuando estaba lejos de él... Especialmente esta impresión estaba tan arraigada en mí, que no habría permitido a Brignolles ausentarse. ¡Palabra que no! ¡Si hubiera dejado París, habría sido capaz de seguirlo! Pero no se fue. Por el contrario, nunca los Stangerson lo tuvieron tan cerca de ellos. So pretexto de pedir noticias del señor Darzac, no salía de casa del señor Stangerson. Una vez consiguió ver a la señorita Stangerson, pero le había hecho yo a la novia del señor Darzac tal retrato del ayudante de física, que conseguí hacérselo repelente para siempre, de lo que me felicité no poco en mi fuero interno.

Cuatro meses permaneció el señor Darzac en San Remo, y nos volvió casi restablecido del todo. Sus ojos, sin embargo, seguían aún delicados, y se veía obligado a tener mucho cuidado con ellos. Rouletabille y yo decidimos vigilar a Brignolles,



pero con satisfacción supimos que la boda iba a celebrarse muy pronto y que el señor Darzac se llevaría a su mujer a un largo viaje, lejos de París y... de Brignolles.

A su regreso de San Remo, el señor Darzac me preguntó:

—Bueno, ¿qué pasa con el pobre Brignolles? ¿Ha cambiado usted de opinión?

—¡Francamente, no! —le respondí.

Y una vez más se burló de mí, dirigiéndome algunas de esas bromas provenzales a las que era aficionado cuando los acontecimientos le permitían estar alegre, y que habían adquirido en su boca un nuevo sabor desde que su estancia en el Mediodía devolviera a su acento todo su hermoso color inicial.

¡Era feliz! Pero no pudimos hacernos una idea exacta de su felicidad —pues entre el regreso y la boda tuvimos pocas ocasiones de verlo— hasta que se nos apareció como transformado en el umbral mismo de aquella iglesia. Con un orgullo muy comprensible erguía su talle ligeramente encorvado. ¡La felicidad le hacía más alto y más guapo!

—¡El jefe está de boda, y nunca mejor dicho! —rio Brignolles.

Me alejé de aquel hombre que me repugnaba, y avancé hasta la espalda del pobre señor Stangerson, que permaneció de brazos cruzados durante toda la ceremonia, sin ver nada, sin oír nada. Hubo que tocarlo en el hombro, cuando todo hubo acabado, para sacarlo de su ensimismamiento.

Cuando pasamos a la sacristía, el letrado André Hesse lanzó un profundo suspiro.

—¡Ya está! —dijo—. Por fin respiro...

—¿Y por qué no respiraba usted, amigo mío? —preguntó el letrado Henri-Robert.

Entonces André Hesse confesó que hasta el último minuto había estado temiendo la llegada del muerto...

Sacristía: Habitación aneja a una iglesia donde se guardan las ropas y objetos necesarios para el culto y donde los sacerdotes se revisten.



—¡Qué le voy a hacer! —replicó a su colega, que se burlaba—. ¡No puedo hacerme a la idea de que Frédéric Larsan se conforme con estar muerto de veras...!

Estábamos ya todos —unas diez personas a lo sumo— en la sacristía. Los testigos firmaban en los registros, y los otros daban cariñosamente la enhorabuena a los recién casados. La sacristía es aún más oscura que la iglesia y, de no haber sido la estancia tan pequeña, habría podido pensar que el hecho de no ver a Joseph Rouletabille en tal momento se debía a aquella oscuridad. Lo cierto es que no estaba allí. ¿Qué significaba eso? Mathilde había preguntado ya dos veces por él, y Robert Darzac me rogó que fuera a buscarlo, como así hice; pero volví a la sacristía sin él: no conseguí encontrarlo.

—¡Esto sí que es raro —dijo el señor Darzac—, y realmente inexplicable! ¿Está seguro de haber mirado bien? Estará soñando en algún rincón.

—Lo he buscado por todas partes y lo he llamado —repliqué.

Pero el señor Darzac no se quedó conforme con mi respuesta y dio él mismo una vuelta a la iglesia. De todos modos, tuvo más suerte que yo, pues un mendigo que se encontraba bajo el pórtico con su platillo le dijo que un joven, que efectivamente no podía ser más que Rouletabille, había salido de la iglesia unos minutos antes y se había alejado en un Simón. Cuando llevó la noticia a su mujer, ella pareció afligirse lo indecible. Me llamó y me dijo:

Simón: Coche de caballos para alquilar.

—Querido Sainclair, ya sabe usted que vamos a tomar el tren dentro de dos horas en la estación de Lyon; busque a nuestro pequeño amigo y tráigamelo, y dígame que su conducta inexplicable me preocupa mucho...

—Cuente conmigo... —le dije.



Y al instante me puse a buscar a Rouletabille. Pero volví a la estación de Lyon con las manos vacías... No pude pescarlo ni en su casa ni en el periódico ni en el bar del Tribunal, donde las necesidades de su oficio lo obligaban, con frecuencia, a estar a esas horas del día. Ninguno de sus compañeros fue capaz de decirme dónde podría encontrarlo. Pueden imaginarse cuán tristemente fui acogido en el andén de la estación. El señor Darzac lo sintió muchísimo; pero, como tenía que ocuparse de instalar a los viajeros —pues el profesor Stangerson, que iba a Menton a ver a los Rance, acompañaba a los recién casados hasta Dijon, mientras que ellos proseguirían su viaje por Culoz y Mont-Cenis—, me rogó que anunciara la mala noticia a su mujer. Di el triste recado, añadiendo que Rouletabille llegaría, sin duda, antes de la salida del tren. A las primeras palabras que le dije, Mathilde se echó a llorar suavemente y sacudió la cabeza:

—¡No..., no..., se acabó...! ¡Ya no vendrá...!

Y subió al vagón...

Fue entonces cuando el insoportable Brignolles, al ver la emoción de la recién casada, no pudo aguantarse sin repetir al letrado André Hesse, quien por lo demás le hizo callarse con tan malos modos como se merecía:

—¡Mírela! ¡Mírela...! ¡Le digo que sigue teniendo los mismos ojos de loca...! ¡Ah, Robert se ha equivocado...! ¡Habría sido mejor que esperara!

Aún veo a Brignolles diciendo esto, y recuerdo el sentimiento de horror que en aquel mismo instante me inspiró. Hacía mucho tiempo que no me cabía la menor duda de que ese Brignolles era un hombre perverso, y sobre todo celoso, que no perdonaba a su pariente el favor que le hizo al colocarlo en un puesto subalterno. Tenía la cara amarilla y las facciones largas, trazadas de arriba abajo. Todo en él parecía amargura, todo en él era largo. Tenía el talle largo, los brazos largos, las piernas largas, la cabeza larga.



Sin embargo, en aquella regla de longitud, había que hacer una excepción para las manos y los pies. Tenía las extremidades pequeñas y casi elegantes. Al verse tan bruscamente reprendido por el joven abogado a causa de sus malas razones, concibió un súbito rencor y abandonó la estación tras dar la enhorabuena a los esposos. O al menos creí que la abandonaba, porque no volví a verlo.

Faltaban todavía tres minutos para la salida del tren. Seguíamos con la esperanza de ver llegar a Rouletabille, y todos inspeccionábamos el andén, pensando ver surgir por fin de entre la multitud apresurada de viajeros atrasados la cara simpática de nuestro joven amigo. ¿A qué se debía que no apareciera, según su costumbre y manera, atropellándolo todo y a todos, sin hacer caso de las protestas y los gritos que señalaban ordinariamente su paso entre el gentío, donde siempre parecía tener más prisa que los demás? ¿Qué andaba haciendo...? Ya estaban cerrando las puertas, se oyeron violentos portazos... y luego las breves invitaciones de los empleados: «¡Al tren...! ¡Viajeros, al tren...!»; las últimas carreras..., el agudo silbido que ordenaba la salida..., después el ronco clamor de la locomotora, y el convoy se puso en marcha... ¡Pero ni rastro de Rouletabille...! Estábamos en el andén mirando a la señora Darzac, sin pensar en desearle un buen viaje. La hija del profesor Stangerson echó una larga mirada al andén y, en el momento en que el tren comenzaba a acelerar su marcha, segura ya de que no vería a su joven amigo antes de su marcha, me tendió un sobre por la puerta...

—¡Para él! —dijo...

Y de pronto, con el rostro invadido por un repentino espanto, y en un tono tan extraño que no pude dejar de pensar en los nefastos comentarios de Brignolles, añadió:

—¡Hasta luego, amigos..., o adiós!

Índice

Presentación: GASTON LEROUX	5
I. Que empieza donde las novelas acaban	9
II. Que trata del humor cambiante de Joseph Rouletabille	23
III. El perfume	31
IV. En camino	45
V. Pánico	59
VI. La fortaleza de Hércules	81
VII. De algunas precauciones que tomó Joseph Rouletabille para defender la fortaleza de Hércules contra un ataque enemigo	101
VIII. Unas páginas históricas sobre Jean Roussel-Larsan-Ballmeyer	123
IX. Llegada inesperada del «viejo Bob»	131
X. El día 11	151
XI. El ataque a la Torre Cuadrada	195
XII. El cuerpo imposible	205
XIII. En que el espanto de Rouletabille adquiere proporciones inquietantes	215
XIV. El saco de patatas	235
XV. Los suspiros de la noche	251
XVI. El descubrimiento de «Australia»	259

XVII. Terrible aventura del viejo Bob	273
XVIII. Mediodía, rey del espanto	293
XIX. Rouletabile manda cerrar las puertas de hierro. ...	301
XX. ¡Demostración corporal de la posibilidad del «cuerpo de más»!.	301
Epílogo	333
Apéndice: <i>La última jugada de Larsan</i>	351

El perfume de la Dama de Negro



El joven Rouletabille se reencuentra con los protagonistas de *El misterio del cuarto amarillo*, novela con la que Gaston Leroux inicia su célebre serie sobre el periodista detective. En esta ocasión, Rouletabille tendrá que enfrentarse a los fantasmas de su propio pasado, a misteriosas desapariciones y a un nuevo asesinato en un recinto cerrado. Solo la implacable lógica y la habilidad del periodista le llevarán a descubrir, ante el asombro de todos, la increíble identidad del asesino.



www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-698-3589-0



1566085



ANAYA